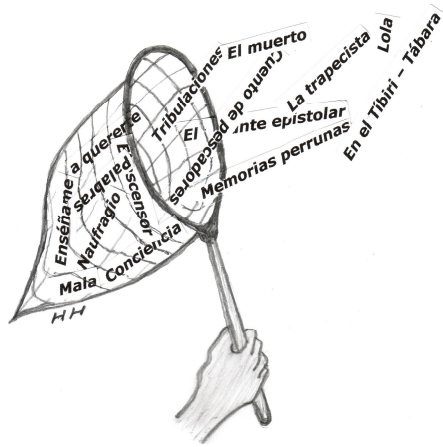


Palabras



Allí estaba, sentado en el parque de la casa de locos. Se veía desmejorado, como si todos los años le hubieran caído encima en un solo día, había perdido mucho peso y sólo unas cuantas hebras de plata se le veían en la cabeza. Su ropa le quedaba grande y daba la impresión de estar encogiéndose con la intención de desaparecer de este mundo lo más pronto posible, sin causarle dolor a nadie.

Cuánto lo queríamos; sin embargo, era imposible para su familia tenerlo en casa. Su manía de desnudarse y ponerse encima una sábana color naranja madura, como si fuera monje laosiano y salir temprano en las mañanas a recorrer las calles del barrio para, con un hábil movimiento del hombro, dejar caer su vestimenta cada que veía una linda chica, le habían causado más de una paliza a él y reclamos y vergüenzas a la familia. Después de innumerables chequeos médicos, fue declarado insano y remitido al manicomio de San Miguel.

Había sido mi profesor de filosofía y literatura en el bachillerato y, siendo vecino suyo, me ataban lazos de amistad con su familia. Daba tristeza ver a quien había sido un brillante profesor terminar sus días en un hospital mental. Para agravar la situación, su corazón ya no daba más y poco a poco se moría. Lo visitaba una vez al mes y disfrutaba de sus hermosas y entretenidas conversaciones donde le escuchaba con placer sus divagaciones filosóficas.

Me acerqué sigilosamente para sorprenderlo y le dije:

—Hola profesor, ¿cómo te sientes, en qué piensas?

—Ah... eres tú. ¿En qué pienso? ...ah sí, estaba pensando en ese misterioso mecanismo que hay en nuestro cerebro que produce el pensamiento y su relación con las palabras. Qué cosa tan rara, de pronto se me ocurren estas cosas. ¿Te das cuenta? Los pensamientos son como gusanitos que están allí en nuestro cerebro. -Suavemente se tocaba repetidamente la cabeza con el dedo índice. -Todo el día están moviéndose, dando vueltas sin cesar. ¿Te puedes imaginar a qué velocidad viajan por nuestras neuronas y en qué parte están? ¿Estarán colocados en algún sitio específico?

Y lo que me parece maravilloso es, que con el pensamiento podemos viajar a través del tiempo y el espacio sin necesidad de movernos; podemos traer el pasado al presente, así, en un abrir y cerrar de ojos. ¿Te acuerdas cuando eras niño? De pronto te das cuenta que eres niño y estás aquí

conmigo en el hoy, en el presente. ¿Y el futuro? también puede estar aquí con nosotros. ¿Lo puedes ver? Nos podemos ver más viejos, quizás nos hemos quedado solos, la decrepitud nos ha invadido. No tenemos familia, ni amigos, nos morimos y nadie se da cuenta, ni le importa.

Y mira, que de pronto sin darnos cuenta, estos pensamientos se convierten en palabras y salen por nuestra boca como volutas de aire aun sin nosotros querer. ¿Crees tú que las palabras quedan por ahí dando vueltas en el aire? Qué lindo sería tener una red de mariposas para andar cazándolas. Sería fantástico, ¿no crees? A veces pienso que sería más práctico, aunque menos bonito, usar una aspiradora. ¡La cantidad de palabras que podríamos recoger!

Si pudiéramos cazarlas, podríamos reorganizarlas y decir realmente lo que queríamos decir, porque mira; a veces ellas salen como si tuvieran vida propia y nos hacen quedar mal. En vez de decir “te quiero” dijimos “te odio” y la embarramos. ¿Ves? hemos quedado mal. O tal vez podríamos hacer con ellas nuevas poesías y canciones para cantarle al amor y a la vida con palabras sueltas que nos encontremos por ahí. Lo único que tendríamos que hacer es, simplemente, sentarnos y sacarlas de una en una como si estuviesen en un canastillo para ponerlas en orden en un hilito e ir colocándolas como quien hace una cadenita de perlas.

Hizo una pausa y me miró inquisitoriamente.

—¿Me trajiste cigarrillos?

—Si, tómalos, no fumes mucho, tú sabes que estás muy enfermo y tienes que cuidarte.

—No tienes que preocuparte por mí, ya estoy molesto de discutir esto contigo, te lo he dicho varias veces; cuando tú te mueras vas a morir muy sano y cuando yo me muera voy a morir enfermo. ¿Hay algo que nos cambie ese destino final? ¿Qué diferencia hace eso?

Prendió un cigarrillo y aspiró profundamente, con placer, con deleite. ¿Qué punto tenía quitarle ese gusto a quien se acercaba a la muerte cada día?

—¿En qué estaba?, ah sí, estaba pensando en voz alta contigo. Incluso, muchas veces podemos pensar en equipo, ¿no crees? Esto del pensamiento es una cosa bien jodida. Ah..., pero no era de eso..., estaba hablando de cuando los pensamientos se vuelven palabras, las jugarretas que nos hacen. ¿Sabes tú que ellas no son palabras originalmente? Antes eran pensamientos y de pronto, empiezan a salir, revientan por todas partes; palabras y más palabras y suben en espirales y giran y bajan y vuelven a subir y... dime algo, crees tú que si ellas se quedan en el aire, estarían en el mismo orden en que las dijimos, o el viento las desorganiza, ¿qué crees tú?

Otra cosa que pensaba era que cuando las grabamos, a ellas, las palabras, lo que estamos haciendo es empacarlas en una cajita para enviarlas al futuro y fíjate tú, que días, o meses, o años más tarde, cuando las escuchamos, o alguien las escucha, lo que estamos haciendo realmente es desempolvar el pasado y volverlo presente. Definitivamente, creo que las palabras son algo ¡ma-ra-vi-llo-so!

Además, pensaba mi querido amigo, ¡yo y mis pensamientos, qué cosa!, que si la tierra se mueve en el tiempo-espacio, entonces como estamos girando sobre la misma órbita, nosotros podríamos capturar el pasado y el futuro en el presente, ¿entiendes por qué? todos los días, estamos pasando por el mismo sitio en el espacio. Por ese sitio que en este mismo momento es presente, que ayer fue pasado y mañana será futuro. Y todas las palabras del mundo estarían a

nuestro alcance. Todo aquello que se ha dicho y todo aquello que se va a decir, estarían allí juntos. Y mira viejo... qué bonito sería poder parar la tierra. Nos quedaríamos en el presente por toda la eternidad con todas las palabras del mundo. Y podríamos recogerlas, clasificarlas y seleccionarlas y de esta manera dejaríamos únicamente aquellas palabras que hablan de amor, de amistad, de fraternidad, de bondad, de felicidad y echar el resto al tarro de la basura. Si logramos deshacernos de las palabras que causan daño, que hacen mal, que lastiman o despiertan bajas pasiones, estoy seguro que éste sería un mundo mejor, porque estaría lleno de amor. Eso, mi estimado amigo, es lo que necesitamos en estos momentos tan trágicos y violentos que vive la humanidad.

Ahora es que entiendo lo que quería decir el viejo loco ese de Einstein con su cuento de la relatividad. Porque fíjate, si nosotros lográramos parar la tierra, entonces el tiempo dejaría de existir, porque como tú sabes, el tiempo esta dividido en pasado, presente y futuro. Pero como el pasado es algo que se fue para siempre, simplemente ya no existe. Por otra parte, como el futuro todavía no ha llegado, entonces, tampoco existe, por consiguiente, mi estimado amigo, como el presente está en ese instante en que el pasado y el futuro se tocan fugazmente, el presente tampoco podría existir, porque obviamente, una cosa no puede existir entre dos cosas inexistentes.

Estoy cansado...quiero dormir, acompáñame a mi cuarto y vete mi buen amigo. No te olvides de traerme más cigarrillos la próxima vez.

Conversé con su doctor al salir. No había nada que hacer. Su enfermedad avanzaba a pasos agigantados y él duraría si mucho un par de meses. Su estado mental se deterioraba igualmente.

Dos semanas más tarde recibí una llamada telefónica de uno de sus hijos, el profesor había muerto mientras soñaba con un mundo mejor.

Pero, recordando a mi querido profesor, me asalta una duda... ¿era de locos pensar como pensaba?

Humberto Hincapié

Kariong, Enero del 2002